

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 24 DE OCTUBRE DE 1920

NUM. 19.258

CUENTISTAS  
ESPAÑOLES

## ESTAMPA ANTIGUA

POR J. LÓPEZ  
BARBADILLO



Es una historia que yo aprendí en un libro antiguo y malo y hoy quiero relatarla al vulgo a mi manera, diciéndole antes las benditas

palabras orgullosas

que me tropecé en otro libro, antiguo y bueno: «Hernando vulgo, aunque sé que eres poco agradecido, y siempre despreciador de las obras ajenas, te entretengo por entretenerme, sin pretender tus alabanzas ni esperar más gloria que la ocupación honesta.»

Pasó esto por los años de 1617, cuando en España era el duque de Lerma monarca y virreinaba en Nápoles el gran duque de Osuna, que fué grande por poeta, por guerrero, por político y porque sufrió infamia noblemente, y haciéndole morir en el encierro de un castillo le pagó un rey toda la honra que le debía otro rey.

Y en Nápoles, en un rincón de la ciudad, había una casa humilde, y era la casa un santuario de la belleza y el candor. Tenía allí su morada una doncella de quien la historia dice que se llamaba Alvigia, y calla quiénes fueron los que la engendraron; solamente se sabe que vivieron días felices de holgura, que creyeron en Dios y guardaron su ley y que murieron en lozana edad, dejando en orfandad temprana a aquella niña rubia y linda como un ángel de los que un siglo atrás pintara Rafael sobre los muros vaticanos.

Una mujer de mala alma, que fué nodriza de la niña, y que sólo ruindad y afición de dineros escondía bajo los pechos mercenarios, quedó por curadora única de aquella tierna flor humana. Y en tanto que la flor crecía con purísima fragancia de virtud—por caridad del cielo—y con la bizarría de una hermosura incomparable—por prodigio de la Naturaleza—, la condenada hembra deshacía su caudal y se comía su casa: ayer un poco, hoy otro poco, y cada vez más desapoderada y ambiciosa, malbarató la hacienda y aun el hato de la cándida Alvigia. Las gargantillas, las cadenas, las tumbagas, y más tarde las piezas de plata para el servicio de la mesa, que eran veinte, y luego las preciadas telas de lienzo y de lino, y hasta las redomas del agua de olor que dejara al morir la señora, todo fué granjería de los logreros ginoveses.

Pero cuando la niña pubertó y hallóse pobre, Nápoles vió que aquella pobre tenía un tesoro en su belleza soberana: una cara de rosas más frescas que las rosas; una guedeja de oro que valía más que el oro; unos ojos azules y serenos como la mar partenopea que reflejaba en su serenidad el cielo azul.

Y una vez, puesto el acero en una mano, mientras con otra se afirmaba en la nariz los redondos y altivos anteojos de carey.

Cuantos mancebos un punto la miraban, luego ardían en su amor y la rondaban y la requerían. Más de una vez un pícaro dejó el tinelo para llevarla plie-

Y aconteció que un día, cuando apenas quedaba ya blanca en la casa y la mangada vieja pensaba si partirse, abandonando a Alvigia, quiso el Malo infundirle el pensamiento de una última ruindad; y vencida de las dádivas pingües de un gentil marqués, llegó hasta la doncella y deslizó en su oído un ruego infame. Y ante los ruborosos ojos encendidos en lágrimas, juntó sus manos sarmentosas en guisa de plegaria, y exclamaba:

—Hija Alvigia, es muy rico, y se muere de amor, y no promete, sino que da en mano; y tú puedes granjear ahora, que luego vendrá tiempo en que te salve un cardenal con indulgencias y perdones. Y es marqués, hija Alvigia.

La niña sollozaba y la vieja decía:

—¿Qué respondes?

Y la niña callaba y murmuró la vieja:

—Hija Alvigia, que no hay para comer.

Entonces la doncella, a cuya voz apenas daban paso los gemidos, replicó:

—Hay todavía.

Y mandó a la mujer que diese a un pregonero el postre muelle de valor y más querido: el lecho en que durmió su madre, y sobre el cual aletearon luego los dulces sueños pudorosos de su infancia.

Era una cama entera de damasco y terciopelo carmesí, y con tablas doradas, y con cuatro cortinas y cielo y cobertor y rodapiés con flecos y alamares de oro; y el pregonero la llevó y hubo en la casa buena suma de ducados.

Pero tiempo adelante se consumió el dinero, y un rico ginovés fué el Enemigo que tentó entonces a la vieja.

—Hija Alvigia, te cubrirá de seda y joyas, y es dadivoso como un príncipe, y es también muy galán. Y es mercader de Génova, hija Alvigia. Piensa que no hay para comer.

La niña respondió temblando:

—Llévao mi ropa y dadla para que se venda.

Y quitóse una saya de raso morado, que tenía muchos y muy lindos golpes (única gala de su humilde doncellez),

y se puso una parda y remendada sin guarnición alguna.

Pero los reales se acabaron y el medio de allegarlos. Y cuando al par llamaban a la puerta la hambre y la mano escortijada de un gran príncipe que quería dar dineros por amores, y la nodriza, ya segura de su mecha, dijo a la niña que no había para comer, la niña replicó de nuevo:

—Hay todavía.

Y entróse en su aposento y, estando



Y la voz de su fama se comenzó a expandir, y ante las recatadas celosías de la doncella pasaron muchas veces terciopeladas gorras de señorías y de excelencias con sus pulidos clavos y medalla de oro y una pluma blanca, y por verla de espacio refrenó acaso el príncipe de Salerno a su corcel el día que estuvo en Nápoles, y a su puerta se oyó chocar de espaldas en las noches, y quizás D. Francisco de Quevedo, el español valiente y poeta, secretario de Osuna, riñó por ella al-

gos sellados con los sellos ostentosos de su señor el conde, y más de un rajabroqueles bravucón cobró de algún magnate el precio de la cuchillada por la cara a un capitán de Flandes, gallardo y rondador. Muchos ojos galanes se clavaban en ella con el ansia liviana que la hermosura pobre y virginal pone siempre en la carne señorial y joven, y ella supo mostrarse desdenosa, cual pedía su recato, y, haciéndolo, ponía más fuego en todos los anhelos.



breve espacio en él, tornó trayendo entre las manos la cortada madeja de sus cabellos de oro. Hacían una melena blanda, inmensa, suave, de seda de sol.

Y los llevaron a vender. Había salido a misa la duquesa de Osuna, doña Catalina Enríquez de Ribera (a quien todos llamaban virreina, y llamo yo virreya, no por razón ninguna, sino por no ser como todos—que es una razón—), y viéndolo desde el coche a una mujer que los vendía, mandó que se acercase, maravillada de la hermosura de ellos. Y al preguntarle la virreya de quién fuesen y si podría tener mal o contagio de comprarlos, supo toda la historia y conoció la liviandad de la nodriza y la virtud de Alvigia. Conque, llamándola a Palacio, vió junta su belleza con las prendas de honestidad e ingenio e hizo la dama suya, y pidió al duque que la maligna vieja

saliese desterrada para siempre, y luego dotó a Alvigia y la casó con un apuesto alférez español. Y quizás aquel día le consagró un epitalamio el secretario don Francisco de Quevedo, que ahora ponía por ella la pluma en un papel y antes por ella hundió la espada en algún pecho valeroso.

Esta es la historia que aprendí en un libro antiguo y malo, y que aquí cuento a mi manera, por parecerme que es muy bella y ejemplar. Si es ejemplar y bella, «tú te entremeterás en juzgalo, hermano vulgo, por el mismo caso que no te toca hazello, procurando quitar a los sabios el juyzio de que sólo son dueños, y de quien yo espero corrección y la pido».

Joaquín LOPEZ BARBADILLO

Dibujo de BARTOLOZZI.

## LOS CONQUISTADORES DE AMÉRICA

# Dinamismo del conquistador

Los conquistadores, en presencia de lo maravilloso asequible, sienten un dinamismo, una impetuosidad, una sed de aventuras, que les hace renunciar a lo seguro por lo desconocido y aleatorio. Así, por ejemplo, Cortés desdeña su gobierno de Barahona, en Cuba, y se lanza a la conquista de México. Pizarro envía, para que se encargue del Gobierno de Piura, a Belalcázar, su lugarteniente. ¿Acepta Belalcázar de su poderoso protector aquella relativa sinecura? No. Sueña en rivalizarle y, en cierto modo, le rivaliza: se lanza a los Andes de Quito y conquista reinos y funda ciudades. Los gobernadores de Tucumán, en Argentina, como los gobernadores de Coro, en Venezuela, como otros gobernadores en otras regiones, organizan jornadas, luchan contra los indios, fundan nuevos pueblos lejos de sitios seguros y crean defensas a la vez que centros de pelea. No permanecen en su capital.

En el dinamismo de aquellos hombres hay algo que corresponde a la época, como lo testimonian la empresa misma de Colón y otros navegantes no españoles; el encontrar Colón aventureros que le acompañasen en su empresa, y el ser la América explorada en mucha parte y colonizada por portugueses, ingleses, holandeses, dinamarqueses y franceses. Pero el dinamismo en los conquistadores españoles de América fué máximo, fué único; fué, además, esencial para descubrir y someter la mayor porción de continente, desde California hasta Tierra de Fuego, en tan corto espacio de tiempo: menos de cincuenta años.

A esa inquietud activa se deben los grandes descubrimientos y los grandes viajes de entonces: desde los viajes y descubrimientos de Colón y del magnífico energético Magallanes hasta el viaje complementario de Juan Sebastián de Elcano, cuya paciente y audaz odisea de circunvalación probó prácticamente la esfericidad de la tierra. La necesidad de vuelo, el espíritu de mudanza, el gozo de inquietud en aquellas almas lo manifiestan las palabras de Ponce de León en La Florida: «Gracias te sean dadas, Señor, que me permites contemplar algo nuevo.»

Algunos de esos viajes en el Nuevo Mundo representan, aun sin necesidad de derrocar imperios aborígenes, ni pugnar con tribus errantes, ni chocar con otros europeos, el máximo de energía física y moral a que puede llegar el hombre.

Desde luego no olvidemos que aquellos

hombres de esos viajes se aventuraban a lo desconocido. Aunque no les embarcase ni ennobleciese la emoción científica que a Colón, eran, en cierto modo, pequeños Colones de tierra y pequeños Colones fluviales, lacustres, marítimos, oceánicos.

Los descubridores podían ser unos y los conquistadores podían ser otros. Pero a menudo se alían en un solo individuo, a esta curiosidad del descubrimiento, la decisión del guerrero que parte dispuesto a combatir, no a un enemigo, sino contra el obstáculo que se presente y en la magnitud y forma que asuma. El obstáculo puede ser vivo, inerte o incorpóreo: puede ser un ejército, una cordillera, una peste, una plaga, el mar.

Hombres, clima, tierra, frutos, fieras, insectos, enfermedades; todo allí resulta desconocido y casi todo hostil. Hasta para comer una fruta, la más rica y beneficiante, precisa cierto ímpetu audaz. ¿Conocían, por ventura, su nombre, su forma, su sabor, su acción?

Para subsistir tuvieron los españoles, a veces, que comer hasta carne humana. Así, en la historia de Venezuela, por ejemplo, los casos de canibalismo que se conocen con precisión fueron practicados por españoles de la conquista, según el testimonio de ellos mismos.

Después de una matachina de indios en las cercanías de Maracaibo y Santa Marta; después de apoderarse de una cantidad de oro, algunos aventureros españoles y alemanes que se dirigen a Coro, a las órdenes del capitán Gascaña, se extravían en la selva. Concluidos los víveres, el hambre apretó. Ya sin fuerzas, se despojaron de su inútil oro, lo enterraron. Víctimas del hambre y de la selva, no tardan en matar a los indios y comérselos. El caso es conocido, verídico. Varios cronistas dan fe de ello, y hasta se conoció la referencia de un soldado actor de la canibalesca escena.

Oigase cómo expone lo ocurrido un religioso historiador y contemporáneo de aquellos hechos y de aquellos hombres:

«Gascaña y su gente enterraron estos sesenta mil pesos al pie de una ceiba, árbol muy grande y señalado de aquella comarca, y casi dejando sus corazones soterrados con aquel metal, comenzaron a caminar por aquellas montañas a ver si podían hallar algún género de comida de cualquier suerte que fuese; y viendo que no le hallaban y que las naturales fuerzas casi del todo les iban faltando, comenzaron a matar a algunos indios e indias de los que consigo llevaban para

comer de ellos... Comían de aquellas carnes humanas tan sin asco ni pavor como si se hubieran criado en ello y para ello» (\*).

Muchos días se estuvieron alimentando de carne humana. A los indios se los iban comiendo, «cada día el suyo»—dice otro contemporáneo, Fray Pedro Simón (\*\*).

Se dividieron los hombres blancos, temerosos de comerse unos a otros. Cuatro españoles siguieron con Gascaña, al través de las selvas ignoradas, en busca de Coro, en la costa atlántica. Vieron estos cuatro soldados de Gascaña, desde la ribera de un río, a algunos indios que navegaban. Les llamaron, les pidieron que comen. Los indios trajeron abundancia de maíz, legumbres, etc., a los cinco soldados. El recuerdo del hambre pasaba y el temor del hambre futura fueron tan poderosos, que correspondieron a la liberalidad de los indios, apresando a uno y matándolo; luego lo asaron en barbacoas, es decir, en puyas de palo, al rescoldo de un fuego vivo. Comieron una parte y conservaron lo restante para días ulteriores.

Los cronistas de la época, testigos y actores algunos de ellos de la epopeya fragmentaria de la conquista, traen a menudo detalles interesantísimos que prueban cómo en algunas ocasiones, en ésta por ejemplo, el conquistador tuvo necesidad de convertirse, y se convirtió, no sólo en antropófago, sino en «más que bruto y carnívoro animal», según la enérgica expresión de Fray Pedro de Aguado.

Se iban habituando aquellos hombres con hambre a comer carne humana, y ya no hacían asco a lo más asqueroso.

«... No cuento—dice el mismo cronista—la diligencia que todos ponían en que no se perdiese cosa ninguna de lo que en un cuerpo humano hay. La sangre no era menester llevarla al fuego, porque en abriendo el muerto con las manos la sacaban y se la bebían, y aun, como suele decirse, se quedaban lamiendo las manos.»

Otros viajes de conquistadores por el corazón de América, entonces virgen para los europeos, fueron, si menos canibalescos, dramáticos en sumo grado, y hubieron menester de virtudes enérgicas. Así la expedición de Gonzalo Pizarro en 1539 al país de la canela, y el viaje del extremeño Francisco de Orellana desde el Perú, Amazonas abajo y Atlántico arriba, hasta las islas venezolanas de Cubagua y Margarita. Había Orellana realizado en dos años, desde 1539 hasta 1541, un viaje de mil ochocientas leguas. Había descubierto y navegado el río mayor del mundo. Luchando contra la Naturaleza y los indios, en completa carencia de elementos, realizó Orellana, con un puño de audaces compañeros, el prodigio pintoresco de su odisea.

Recorrido semejante, aún más dramático y más teñido en sangre, cumplió en 1560 uno de los más vigorosos y masculinos rebeldes de aquel tiempo: el neurótico Lope de Aguirre, apellidado, como otros insurgentes de entonces, Tirano. Lope de Aguirre se precipitó en son de guerra contra Felipe II y sus representantes en América desde el Perú hasta Venezuela. Descendió, como Orellana, el Amazonas, cometiendo tropelías al fren-

(\*) FRAY PEDRO DE AGUADO, *Historia de Venezuela*, tomo I, cap. VIII, pág. 66, edición oficial venezolana — Caracas, 1915 — del manuscrito que conservan los archivos de la Real Academia de la Historia, en Madrid. Fray Pedro de Aguado escribió su obra en 1581.

(\*\*) Fray Pedro Simón, de acuerdo en este punto con Fray Pedro de Aguado, cuya obra casi seguramente no conoció porque ha permanecido inédita hasta ahora, publicó sus famosas e interesantes *Noticias históricas de la conquista de Tierra Firme*, en Madrid, en 1627.

te de sus rebeldes, nombrados marañones. Por Amazonas entró en Río Negro, uno de los afluentes del corriente mar de agua dulce, y por Río Negro remontó el Caño Casiquiare, que pone en comunicación fluvial a Río Negro con Orinoco. De Orinoco salió al Atlántico, atravesando la costa norte de Tierra Firme, y se internó en el occidente de Venezuela, buscando el camino de Nueva Granada. Había descubierto la comunicación fluvial de media América al través de grandes ríos: el Orinoco, el Río Negro y el Amazonas.

Hubo cientos de estas expediciones audaces e interesantes, ya de descubrimiento, ya de guerra, ya de guerra y descubrimiento a un tiempo. La expedición de Almagro, por ejemplo, desde Perú hasta Chile, trasponiendo la Cordillera nevada, y su vuelta al Perú, atravesando el desierto de Atacama; la de Pedro de Alvarado, desde Guatemala al Ecuador; la de Alejo García al país de los Charcas; la de Diego Pacheco, desde Chile a Paraguay. Un hombre solo y extraviado en los desiertos de la América nortea, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, anduvo diez mil millas. Pues bien; esa proeza fué eclipsada por un oscuro soldado, Andrés Ocampo, que anduvo veinte mil, durante nueve años de aventuras y penalidades.

Las expediciones de los descubridores y conquistadores de Venezuela, ya españoles, ya alemanes, cuentan entre las más pintorescas, hazañosas, luengas y difíciles. Ambrosio Alfinger, en 1529, expedición durante ocho meses, hacia el lago Coquivacoa, hoy Maracaibo; Nicolás Fredemann sale por primera vez de Coro hacia el centro de Venezuela, en septiembre de 1530, y regresa a la costa en marzo de 1531. Por segunda vez sale Fredemann de la costa venezolana, atraviesa los Andes y arriba a la altiplanicie de Bogotá. El gobernador Hoernmuth y Felipe de Huttm, ambos alemanes, salen de Coro en mayo de 1535 con 361 infantes y 80 caballos. Van a descubrir el Dorado. Al cabo de tres años de correría regresan: quedaban sólo 86 hombres de infantería y 24 jinetes.

A buscar de nuevo el mítológico Dorado parte de nuevo Huttm con Pedro de Limpas, Sebastián de Amescua, Martín de Arteaga y uno de los Welser. A los cuatro años y medio de aventuras percen aquellos caudillos a manos del español Juan de Carvajal, usurpador del Gobierno de Coro.

La mayor parte de estas expediciones no fueron inútiles. Las exclusivamente guerreras, como la de Olid, desde México a Honduras, dieron su resultado inmediato. Otras de descubrimiento de países o reconocimiento de costas, como la expedición marítima de Grijalba al litoral de México y las de Alonso de Ojeda y Diego de Ordaz por el de Tierra Firme, también lo dieron. Cuando menos, servían de información o preparación para futuras empresas definitivas.

Casi todas demostraron, además de la inquietud heroica para llevarlas a término, algún resultado práctico, en mayor o menor grado, para la geografía, la política, la agricultura, la minería, el comercio.

Belalcázar, Quesada, Fredemann, recorren el más épico encuentro en las altiplanicies de Bogotá, en el país de los Muiscas. Les atrae el Dorado. Buscaban oro, perlas, esclavos. Encontraron la continuidad del continente. Fredemann había salido de Coro; Quesada, de Santa Marta; Belalcázar, de Quito, viniendo del Perú. Desde la costa atlántica de Venezuela y de Colombia hasta el Perú, hasta Chile, continuación geográfica del Perú, existía, pues, un territorio sin solución de continuidad.

R. BLANCO-FOMBONA



\* \* LA OBRA DE MANUEL CASTRO-GIL \* \*

# UN POETA DEL AGUAFUERTE

**G**ALICIA, la tierra del ensueño poético, ha encontrado feliz intérprete en su hijo el artista Manuel Castro-Gil.

No es la primera vez que alguna aguafuerte de éste ilustra las páginas de EL IMPARCIAL. Con motivo del último Certamen nacional de Bellas Artes publicamos una de las suyas más intensas: *El Cristo de las penas*, obra de claro simbolismo y fuerte originalidad.

Manuel Castro-Gil es natural de Lugo, en donde comenzó su carrera artística, asistiendo a la Escuela de Artes y Oficios, a la vez que cursaba en la Escuela Normal los estudios del Magisterio. En esta última le ocurrió el siguiente caso, que no carece de gracia: Al examinarse por enseñanza libre de Dibujo, le pidió el cuaderno de los suyos un compañero, con la intención de presentarlos y aprobar así la asignatura. Conseguido el objeto, resultó que al ser después llamado a examen Manuel Castro-Gil, no pudo exhibir el cuaderno en cuestión; dejáronle para la segunda vuelta, y a su tiempo practicó el ejercicio, en el cual obtuvo la calificación de aprobado; aquel su compañero había logrado, a costa ajena, la nota de sobresaliente.

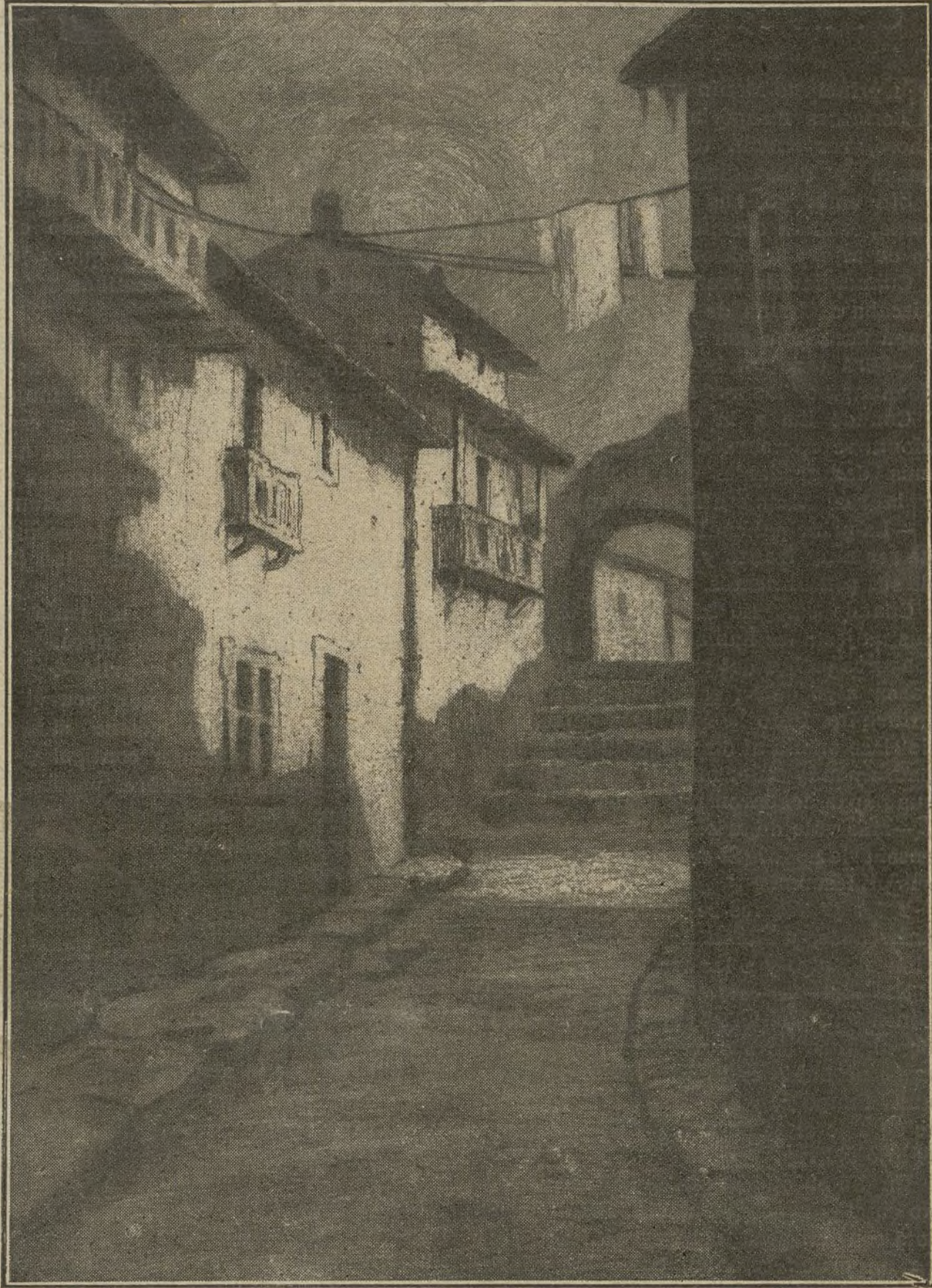
La Diputación provincial de Lugo pensó más tarde a Castro-Gil para que hiciera sus estudios en Madrid. A los tres meses de haber llegado a la corte ingresaba en la Escuela Especial de Pintura, tras unas lecciones recibidas de D. Alejandro Ferrant. Ya, como alumno

de dicho Centro, daba abundantes pruebas de su aplicación, ganando los premios de Dibujo, Paisaje, Grabado, Pintura decorativa, Teoría e historia de las Bellas Artes, Estética y Anatomía. Fuera de la Escuela, el Círculo de Bellas Artes le concedía, no hace muchos meses, uno, por el aguafuerte intitulado *Degenerados*.

El arte del grabado avivó los entusiasmos de Castro-Gil desde sus años escolares. La disciplina a que en la cátedra del notable profesor D. Carlos Verger se sometiera gustoso, en nada podía perjudicarle, aunque muy otro fuese el camino que pretendía recorrer y en que le vemos ahora.

Castro-Gil aspira a realizar obras de mayor empeño. Tiéntanle, y al efecto se prepara estudiando, las aguafuertes de gran tamaño sobre asunto de las novelas picarescas (no olvidemos que el humorismo gallego hallará aquí coyuntura para manifestarse); preocúpale también la traducción de vastas escenas dantescas y, por el momento, se aplica en concluir una plancha, la *Enfeitiçada o Hechizada*, misteriosa evocación del alma popular galaica.

Con rayado amplio y seguro, y con el entrapado que traspone en el claroscuro del aguafortista la paleta del pintor, ordena Castro-Gil cada una de sus láminas, de que son exquisitas muestras la *Calle del Placer* y el *Jardín del amor*. De visión más real la primera, si bien



Calle del Placer

conservando la poesía de solitario lugar, extrae la esencia de un romanticismo suavemente melancólico en el *Jardín del amor*.

Obras realmente admirables en el difícil género ha producido recientemente el refinado artista. En *Tempestad*, por ejemplo, la fila de chopos a orillas de un río, inclinados hacia el agua a impulsos del viento y manchando con la masa sombría de sus follajes la palidez de un nubarrón, fuerza a la evocación de un *allegro con brio*. El ritmo, en cualquiera de sus composiciones, se manifiesta clarificado y lógico.

Sin necesidad de acudir a la figura humana, bástale a Castro-Gil un trozo de Naturaleza o un simple rincón de realidad para que su espíritu, propenso al ensueño, se exprese en líricos acentos: el lápiz o el buril, de igual suerte que la palabra, recogen la distinta tonalidad sentimental de quien los guía, traduciendo de la manera más fiel posible.

Antes aludimos a los ritmos según los establece Castro-Gil. En la *Iglesia de San Jaime (Reims)*, con sus miembros de estilo ojival, que sufrieron la rigurosa crueldad de la guerra, sobre la verticalidad de las líneas con que el templo se acusa corren las nubes oblicuas de un estremecido celaje. No el fulgor de la hélica epopeya, sino el fondo de una elegía digna

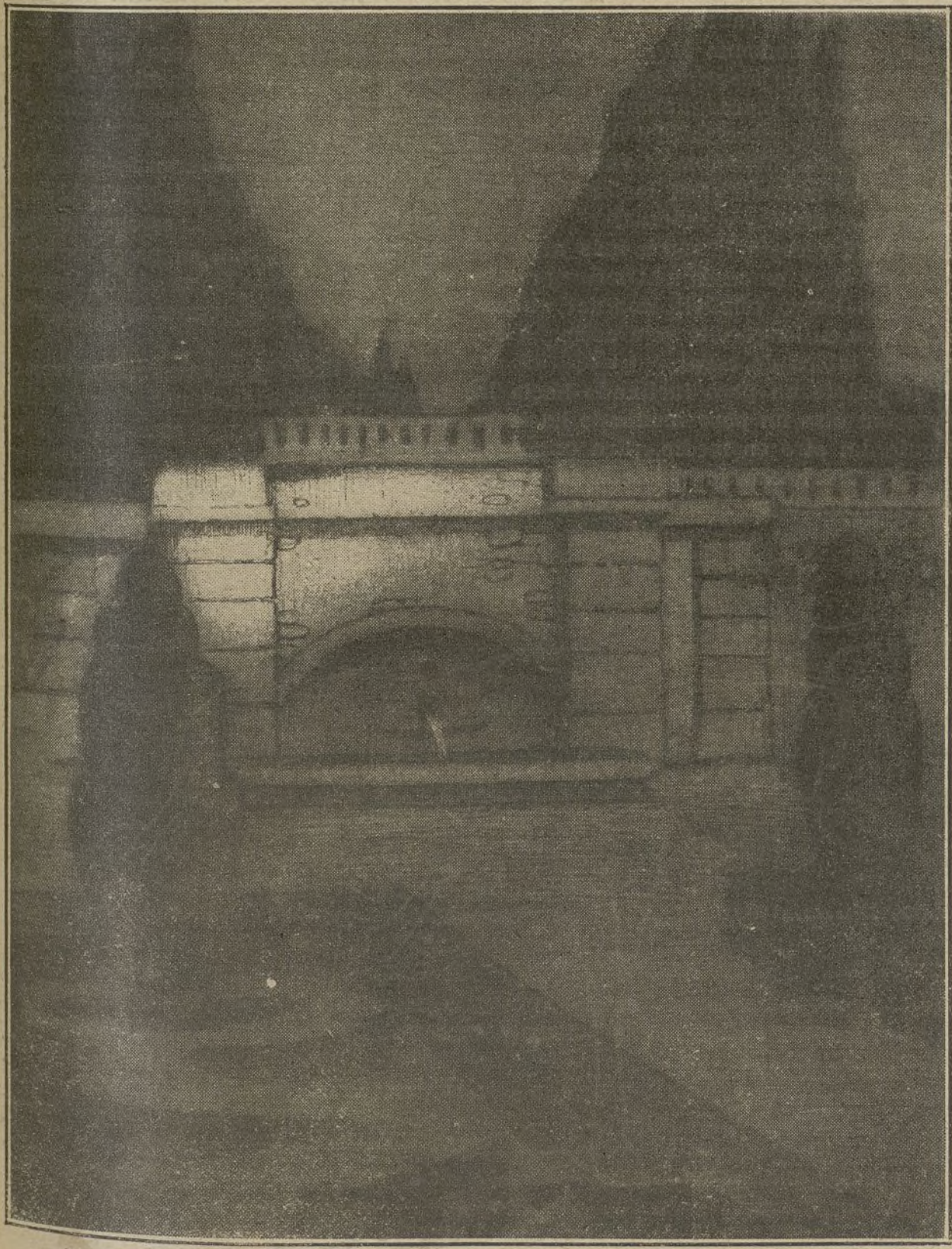
en su contenimiento se advierte en el *Jardín de los aromas*: la luz, en las marmóreas ruinas que coronan un montículo, se agota nostálgica.

Esos últimos rayos del sol poniente, que disuelven sus opalescencias en las aguas donde se desdobl原因 las fachadas de suntuosos palacios (*El palacio espectral*), préstanse a imaginarios efectos de que saca Manuel Castro-Gil abundantes recursos de técnica. Aquellas otras fantásticas ordenaciones—*Jardín de encanto* y *Exuberancia floral*—, como transfiguración de formas, agigantan su ampuloso y oriental de místico barroquismo.

Por lo que acabamos de señalar se comprenderá que nadie más distante de cultivar el realismo vulgar que Manuel Castro-Gil. Tampoco se le descubre en el núcleo de los costumbristas, fotógrafos sin alma. En cuanto a cuestión de procedimiento, ni vive sumiso a prácticas minuciosas, ni se afana en el traslado paciente del cuadro o de la imagen, que todavía se premia en las Exposiciones y que parece ser aún un ideal en materia de grabado.

Inconfundible, inconfundible en verdad, tomando el oficio para el Arte y no el Arte para el oficio, se nos presenta el joven maestro dueño de sus medios y con una orientación firme y definida.

Angel VEGUE Y GOLDONI



Jardín del amor



# MONÍN Y MARISOL

El principito Monín era una criatura insoportable: caprichoso, respondón, testarudo, holgazán y desobediente; nada más.

Sin embargo, sus papás, el rey y la reina, estaban encantados con aquel tesoro de hijo y le encontraban perfecto.

Cuando Monín arañaba, golpeaba y pellizcaba a alguna de sus niñeras, su real papá declaraba con satisfacción:

—Será todo un hombre; no se dejará dominar por las mujeres.

Cuando iba a la corte alguna visita, Monín se apresuraba a decirle las cosas más desagradables que se le ocurrían, y la real mamá afirmaba enternecida:

—La principal cualidad de mi hijo es la de ser muy franco y no ocultar ninguno de sus pensamientos.

Cuando cumplió Monín los siete años sus majestades llamaron a Palacio a los mayores sabios del reino para que inculcasen algo de su sabiduría al adorable principito. Pero la sola vista de un libro de clase sumía al discípulo en rabieta de padre y muy señor mío; de tal suerte, que sus papás acabaron por decir:

—Más vale dejarle. ¿Para qué vamos a enseñarle nada? ¡Si es más listo que todos sus profesores!

Y los profesores se retiraron un tanto amoscados, y Monín siguió dedicando su vida al juego y a las travesuras.

No obstante este singular sistema de educación, Monín, al crecer, fué perdiendo algunos de sus defectos; ahora que, como no había estudiado nada, no sabía nada tampoco, y el hombre más ignorante de todo el reino era, sin duda alguna, el hijo del rey.

Un día en que Monín se hallaba jugando en el parque de Palacio lanzó una pelota con tan poca fortuna que fué a caer en un prado cercano, entre los instrumentos de un señor que había allí ocupado en unos trabajos que debían ser muy serios, a juzgar por su gorro puntiagudo, sus enormes antiparras y su cara de mal genio.

Mientras aquel señor se tiraba de los pelos ante los desperfectos causados en sus aparatos, Monín llegó tan fresco a recoger su pelota. El señor de las antiparras, al ver al causante del desastre, se puso furioso.

—¡Bah!—contestó Monín muy tranquilo—. ¿Qué más da? ¡Si todos esos chismes no sirven para nada!

—Eres tan ignorante como estúpido!—gritó el otro—. ¿Ignoras que soy el gran astrónomo del reino?

—¿Y eso qué es?—preguntó Monín.

—No perderé tiempo en explicártelo; pero te castigaré por tu impertinencia.

Hay que advertir que aquel señor, que era astrónomo, era también un brujo poderoso.

Miró fijamente a Monín, que no las tenía todas consigo, y declaró con una voz terrible:

—Burro serás por mi voluntad y para tu castigo, porque otra cosa no mereces ser, y seguirás siendo burro hasta que tú mismo me digas tu nombre.

En el mismo momento Monín sintió que una fuerza irresistible le curvaba la espalda y se puso a cuatro patas, como hacía de chico para jugar; sus orejas se alargaron desmesuradamente; quiso protestar y sólo consiguió lanzar un rebuzno sonoro.

aga y el po a correr, tar los taconas tío le daba en las

El gran astrónomo saltó sobre él, le rrió del cuello bre Monín echó queriendo evi- zos que aquel costillas.

El brujo y Monín llegaron a una casita blanca donde aquél vivía con su mujer.

La dama era aún más fea que su esposo. Sobre el cráneo no le quedaban más que media docena de pelos, que todas las mañanas se rizaba, ondulaba y perfumaba durante media hora, y en la boca no tenía más que dos dientes, pero tan largos, que valían por ocho.

Al ver al huésped que le traía su marido se puso hecha una fiera.

—¡Vaya una gracial!—gritó—. Ahora voy yo a tener que ocuparme de este burro, ¡como si no tuviera ya bastante contigo!

Llevó a Monín al pesebre, pegó un portazo, cogió una escoba que le servía en sus excursiones aéreas, montó sobre ella, pronunció cuatro palabras cabalísticas y desapareció por los aires. Cuando regañaba con su marido solía darse así una vueltecita alrededor del mundo para ventilar su rabia.

Lejos, muy lejos del país en que acontece nuestra historia, vivía en una aldea una niña muy mona, pero muy poco estudiosa. Todas las mañanas su mamá le daba una cestita con su comida y la mandaba a la escuela. Pero en lugar de obedecer, Marisol—tal era su nombre—se iba a un bosque cercano, dejaba sus libros en el suelo, se comía todo lo que llevaba en la cestita y luego cogía fresas.

Aquel día se hallaba muy entretenida, cuando de pronto sintió un golpe formidable que la hizo caer al suelo; al levantarse la poble Marisol vió ante ella una horrible vieja con un escobón en la mano.

—¡Ah! ¡Ah!—gritó la señora Bruja (ya habréis adivinado que era ella)—. Conque cogiendo fresas en lugar de estudiar, ¿eh? Pues ahora te llevo a mi casa a cuidar del burro, puesto que no sirves para otra cosa.

Y antes de que la pobre Marisol, atemorizada, pronunciase una palabra, la vieja le ató las manos detrás de la espalda, se montó en la escoba y se elevó por los aires, llevando a la infeliz colgando como una araña al extremo de un hilo.

Y a los tres minutos habían llegado a casa de los señores Brujos. La vieja estaba de excelente humor.

—Ya tengo quien cuide del burro—pensaba encantada.

Y desde aquel día Marisol se transformó en sirviente de los señores Brujos y de su borriquito.

Ella limpiaba los aparatos y las antiparras del gran astrónomo; ella ondulaba por la mañana los seis cabellos de la vie-

ja y le ponía «bigudis» por las noches; ella guisaba.

En cuanto a la pobre Marisol, su alimento se componía de pan duro y de agua fresca, condimentados con alguna que otra paliza que le tocaba cuando el matrimonio regañaba y descargaba su ira contra ella.

A pesar de este régimen de vida, Marisol estaba cada día más hermosa. Además, en medio de sus pesares, tenía un gran consuelo en la persona del borriquito. ¡Era tan dócil, tan bueno y tan inteligente! Marisol le adoraba y se entretenía en adornarle con cintitas rosa y con guirnaldas de flores silvestres cuando le sacaba a pasear por el campo.

En uno de sus paseos Marisol encontró un día zarzas llenas de moras y se puso a cogerlas para añadir algo bueno a su pan seco y duro.

Cuando se hartó de comer moras se sentó en el suelo, al lado del borriquito, y se quedó pensativa, recordando el tiempo en que su madre la mandaba a la escuela con una cestita.

—¡Ay!—pensaba—. ¡Si yo hubiera obedecido en lugar de ir a coger fresas, la bruja no me hubiera encontrado, y hoy sabría muchas cosas en lugar de ser una tonta y de pasar el tiempo rizándole el pelo a esa mala vieja! De fiyo que se me ha olvidado hasta el trazar las letras del abecedario; bien es verdad que nunca supe muy bien. Sin embargo, si tuviera aquí papel y tinta intentaría escribir algo para distraerme.

Pero como el papel y la tinta no suelen crecer entre las zarzas, Marisol suspiró y abrazó a su borriquito, que la miraba pareciendo escuchar sus palabras y asentir con la cabeza.

En aquel momento Marisol lanzó una exclamación de alegría; sus dedos, manchados por las moras, habían dejado una huella oscura sobre la piel de su amigo; ¿qué mejor pizarra que el vientre liso y blanco del animal? ¿Qué mejor tinta que las frutas negras y jugosas?

Marisol escogió la mora más negra y más gorda y empezó a trazar palotes sobre el burro inmóvil, con tal aplicación, que su lengüecita roja asomaba entre sus labios de coral.

Un palote un poco inclinado hacia la derecha; otro un poco inclinado hacia la izquierda; otro en medio. ¡Era una A!

—¡Ya he hecho la primera letra del abecedario!—dijo Marisol encantada—.

¡Toma! ¡Pero si también es la primera de tu nombre! ¡Qué casualidad! A ver si sé hacer las otras.

La S fué fácil; la N costó bastante trabajo; la O fué juego de niños.

Y, de pronto, apenas tuvo la palabra «casno» escrita, el animal lanzó un rebuzno de triunfo y echó a correr como un loco hacia la casa de los brujos.

—¡Ay, Dios mío!—pensó Marisol asustada—. Me van a pegar por haber dejado escapar al burro.

Y se echó a llorar desconsoladamente con la cara entre las manos.

El borriquito abrió la puerta de la casa con una cox; sus amos estaban regañando, según costumbre.

Y como no tenían a mano a nadie a quien pegar, se disponían a arrojarse el uno sobre el otro, cuando se quedaron con la boca abierta. El borriquito acababa de entrar.

Se colocó ante las narices del gran astrónomo y le enseñó su nombre escrito. En el mismo momento sus orejas—las del burro—disminuyeron; el animal se irguió sobre sus patas traseras, la piel gris cayó al suelo y el príncipe Monín, bruscamente desencantado, se precipitó fuera de la habitación en busca de su amiguita.

Marisol seguía llorando; pero sus lágrimas se secaron más que de prisa al ver al hermoso joven que ponía rodilla en tierra ante ella sin miedo a empolverar su traje de raso.

—No llores, Marisol—dijo Monín—. Has roto el encanto que me tenía transformado en burro. Ya te lo explicaré todo otra vez. Huyamos juntos.

Marisol no perdió la cabeza. La joven se precipitó hacia la casa, se apoderó de la escoba mágica, saltó encima con su compañero, pronunció las palabras cabalísticas que había oído decir a la vieja, y antes de que los señores Brujos volvieran de su asombro y lo pudieran impedir, la pareja había desaparecido por encima de las nubes.

(Recordaremos de paso que la escoba era un medio de locomoción aérea muy en boga antes de que se inventasen los aeroplanos.)

Lo primero que hicieron fué ir en busca de la madre de Marisol e invitarla a que tomase asiento sobre la escoba. Luego, los tres juntos llegaron, en pocos momentos, al Palacio, donde los papás de Monín estuvieron a punto de morir de alegría al volverle a ver.

Ni que decir tiene que le acogieron con los brazos abiertos, a pesar de que llegaba montado sobre una escoba y traía una novia y una suegra por añadidura.

EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.





# CANCIONERO DE SANTA MARGARITA

## LA EVOCACIÓN

¡Campanas del convento de Santa Margarita  
que tembláis en la tarde con profunda inquietud!...  
Evocan vuestras voces, campanas, la infinita  
fragancia de otras claras tardes de juventud.

Al traspasar el atrio del convento, mi alma  
se ha quedado en un éxtasis de inefable emoción;  
¡esas viejas campanas parecen en la calma  
de la tarde de mayo tocar a evocación!

¡Oh!, aquellas luminosas tardes de primavera  
—era un jardín la vida y en silencio temblaba  
mi corazón enfermo de una rara quimera—.

Yo entonces escuchaba vuestra voz infinita  
con un hondo respeto infantil. ¡Y rezaba!  
¡Campanas del convento de Santa Margarita!

## EL ÉXTASIS

¡Oh!, evocadas campanas de voz aleva y fina  
que cantaban alegres en las tardes doradas.  
Esta tarde sus ecos tienen una divina  
melancolía y tiemblan las voces apagadas

de unas monjitas suaves bajo la silenciosa  
laxitud de los claustros. El órgano del coro  
ensaya un *Miserere* y se muere una rosa  
de sangre en el silencio de un búcaro de oro.

¡La virgen blanca duerme!... La paz de su belleza  
prolonga su silencio por todas las estancias...  
Por un cristal envía su beso de tristeza

la estrella de la tarde. Y en la calma bendita  
el alma se satura de votivas fragancias  
en el viejo convento de Santa Margarita.

## EL RETORNO

Esta tarde, al volver a la ciudad sombría  
y cruzar por los claustros de mármol y de oro  
del convento, me ha envuelto en su melancolía  
la música celeste del órgano del coro.

Y he sentido mi vida tornar en cabalgata  
y he visto un rostro vago sobre un fondo de nubes.  
unas tocas azules, unas manos de plata  
y unos ojos enfermos de místicos delirios

Ha cruzado de pronto una sombra en la sombra  
y he escuchado una voz que a lo lejos me nombra  
y que cae de lo alto, igual que una infinita

oración milagrosa... (Por el viejo internado,  
a través de los coros, una Hermana ha pasado...)  
¡Cantaban las campanas de Santa Margarita!

## LA HERMANA SOLEDAD

¡Qué triste fué el son débil de esas claras campanas!...  
Es otoño y la tarde se muere en la avenida...  
Se deshojan las rosas, las últimas hermanas  
de la dulce y lejana primavera florida.

En los blancos altares las luces se extinguieron  
suavemente, y las flores, con su místico aroma,  
perfumaron las naves y en ondas ascendieron  
hasta besar la gracia de la Santa Paloma.

La tarde viaticada pasó por la vidriera  
de una alta celosía. Maravillada y pura,  
una luna de otoño, pálida y hechicera,

vertió sus óleos mágicos sobre la oscuridad...  
Alguien en el convento ha roto su clausura...  
—¡Esta tarde se ha muerto la Hermana Soledad!

Ernesto LOPEZ-PARRA

NOVA DE L PINO



# Impresiones de un lector

«Desde la guerra al Derecho»

MONSIEUR Th. Ruyssen, profesor en la Facultad de Letras de Burdeos, ha reunido en un volumen titulado *De la guerre au droit* sus juicios sobre la Gran Guerra. Lectura interesante y sugestiva.

Para el profesor Ruyssen, la democracia individual, que es la moderna, es un impulsor poderoso hacia la paz internacional. «La base de la democracia antigua era la ciudad; la de la democracia moderna es el individuo, la persona moral considerada como igual a cualquier otra en derecho, mientras no se haya colocado, por su actividad antisocial, fuera del derecho.» En realidad, creo yo, una síntesis histórica justa nos revelaría que las guerras están en proporción inversa de las corrientes igualitarias entre los hombres. La guerra es un producto del desequilibrio, sea entre razas, sea entre Estados, sea entre clases. Las grandes integraciones humanas son, a un tiempo, movimientos de democracia y de paz. La Historia está regida por dos corrientes inversas: la universalista, asimiladora o unitiva, y la particularista, disimiladora o separadora. Cuando Atenas luchó contra Persia, su lucha fué, conjuntamente, de democracia y de libertad; de la República contra el Gran Rey. Pero Atenas, en su política, estuvo todavía muy lejos de representar un sentido humano y pacifista. Precisamente la intensidad mayor de su cultura (Pericles) estuvo vinculada en una forma eupátrica o aristocrática, y sus mismos partidos democráticos excluyeron, naturalmente, a los esclavos y a los bárbaros. En cuanto a Roma, su heredera, también vinculó en una forma aristocrática, patricial o senatorial su cultura, y no hay que olvidar que el triunfo de la democracia y del sentido universal coincidió con la caída de la República y la instauración del Imperio. Pompeyo y César, como encarnaciones antitéticas del patriciado y de la democracia, lo son también, respectivamente, de la República y del Imperio. Y Augusto representó, por ello, un momento pacifista, una trascendental clausura del templo de Jano. Precisamente la decadencia del Imperio romano y del mundo clásico, determinada por una progresiva integración de los bárbaros en la convivencia igualitaria, destruye aquella enorme cultura particular en beneficio lejano de la civilización, que es cultura universal, o sea «católica», en el sentido literal y originario de la palabra.

Dice el profesor Ruyssen, en apoyo de su tesis: «Los Estados de América, sin excepción, son repúblicas, son democracias, si no en el sentido absoluto, por lo menos en el más completo del vocablo. Ahí tenemos, sin duda, uno de los caracteres que explican con más seguridad la política pacífica de los pueblos de Ultramar.» Pero no podemos generalizar demasiado esta afirmación, cierta en el fondo, porque la turbulencia infecunda de algunos Estados hispanoamericanos se debe precisamente a que no han llegado a ser repúblicas ni democracias, sino dictaduras militares o caudillajes de bandería.

Y M. Ruyssen sintetiza con estas bellas palabras su afirmación: «En una palabra, la democracia es el régimen del derecho, cuya negación es la guerra. Entre guerra y democracia hay algo más que oposición de intereses; hay incompatibilidad de esencia. Una democracia

puede consentir en la guerra por amor a la libertad; pero, al hacerlo, sabe que recurre por necesidad a un medio imperfecto de restablecer la justicia.»

Lo curioso es que el sentido patriótico que hoy parece oponerse al universal fué, en sus orígenes, un impulso de protesta contra las guerras de Estado y los odios fomentados por los poderes, rivales entre sí. No deja de notarlo también monsieur Ruyssen: «La Revolución francesa dió plenitud al vocablo *patriota*; pero este patriotismo es expansivo; aspira a extender a todos los hombres los beneficios de la libertad y de la justicia; es propagandista, humanitario; envuelve un germen de internacionalismo.»

Una cuestión dinástica (la candidatura del Príncipe de Hohenzollern al Trono de España) provoca la guerra franco-alemana de 1870. Una cuestión dinástica (el asesinato del archiduque Francisco Fernando y de su mujer) provoca la guerra mundial.

En cuanto al militarismo, causa inmediata y directa de la guerra, M. Ruyssen lo considera como prolongación natural de la Monarquía pura, que ha nacido de la guerra.

Y completando ese análisis de los gérmenes de guerra latentes en nuestra civilización, dedica un brillante párrafo a la infidelidad de la Prensa, que debió ser el más fuerte impulsor de cultura.

Pero la vieja cuestión retorna. ¿Es posible la instauración de la paz perpetua? Yo creo que esa pregunta está mal formulada, puesto que se dirige a la humanidad presente, la cual no puede contestar a ella. Suele calificarse de utopistas a los que creen posible la supresión absoluta de las guerras. Pero con mayor razón puede calificarse de perniciosos, de interesados directamente en la perpetuación de la guerra a los que niegan la posibilidad del advenimiento de una etapa superior de conciencia humana, substancial con la paz. Tan aprioristas son los unos como los otros; pero los pacifistas tienen en su doctrina un valor difusivo de bondad que la hace excelente por sí misma, aun creyendo que su fin total no será nunca conseguido. Mi principio moral, en ese punto, es este: Debemos obrar como si la paz perpetua fuese una posibilidad, una realidad futura. ¿Qué sabemos de ello nosotros? No reclamamos la *creencia* en esa Arcadia, en ese reino de los cielos (o estado óptimo, como debe traducir un buen hebraísta esta frase evangélica). Lo que reclamamos es la fe en que el esfuerzo humano pueda llegar a suprimir de sus costumbres la guerra colectiva, como ha restringido considerablemente la guerra individual. Por lo demás, la restricción o disminución de las guerras y, sobre todo, de la paz armada y del aura de inmoralidad, incultura, odio, que las pasiones bélicas difunden, bastaría para justificar todo pacifismo.

«El hombre no vive eternamente—dice el profesor Ruyssen—; ¿es esto una razón para negar que la medicina pueda curar las enfermedades y prolongar la vida? Los códigos, los magistrados y los gendarmes no han suprimido jamás el crimen; ¿quién piensa, sin embargo, que no hayan contribuido a hacer habitable la sociedad?»

Las leyes de la guerra han sido violadas frecuentemente en la última guerra. Pero este escándalo no prueba la vanidad del derecho de la guerra, como la persistencia del crimen no basta para demostrar la vanidad de los códigos y de los Tribunales. El delito mismo crea;

por reacción, la conciencia del derecho.»

La idea de un decreto común a todos los miembros de la Humanidad procede, según ese autor, de una doble fuente: «El profetismo de Israel, que se prolonga en el Evangelio, y el racionalismo griego, que encuentra en el derecho romano su más notable aplicación social.» Acaso la mejor definición de la guerra, como litigio entre Estados, que no debe alcanzar a las respectivas naciones, es la que se lee en el *Contrato social*: «La guerra no es una relación de hombre a hombre, sino una relación de Estado a Estado, en la cual los particulares sólo son enemigos accidentalmente, no como hombres, ni siquiera como ciudadanos, sino como soldados.» Pero el verdadero fundador de la filosofía de la paz fué Kant, llamando a la Humanidad a constituirse en república de repúblicas, *civitas civitatum*, mediante esa doble condición: la libertad dentro, el arbitraje fuera.

Monsieur Ruyssen, que une a su calidad de profesor una conciencia de apostolado, sintetiza su libro con una elocuente rehabilitación del pacifismo en su país, desmoralizado por la victoria, que no es sólo, para mí, el triunfo de una causa o de una nación, sino, en el verdadero sentido de la palabra *triunfo*, el triunfo de la guerra, la apoteosis de la guerra, la justificación y el crédito de la guerra.

La palabra pacifismo—ya lo nota nuestro autor—es un vocablo vicioso, de absurda formación léxica. En todo caso, debería decirse *pacismo*, ya que sería cacofónico, aunque gramatical, *pacifismo*. Mas, aparte de ello, el profesor Ruyssen, enemigo de la fórmula *la paz a todo trance* y partidario de la paz justa, la *paz por el derecho*, se apellida *juripacista*. «El pacifismo—afirma—se limita a extender a las relaciones internacionales los preceptos que las morales filosóficas y las religiones más elevadas aplican sin distinción a todos los hombres; y esa extensión es de pura lógica, porque la universalidad es propia de las religiones superiores, especialmente del cristianismo y de todas las morales filosóficas. De suerte que lo escandaloso no es que haya pacifistas e internacionalistas, sino, al contrario, que tan pocos cristianos y tan pocos filósofos lo sean... Pero, confesémoslo, los misoneístas tienen una fuerza singular. Cuando, por prejuicio, se está dispuesto a descalificar como utopía toda reforma social, se puede siempre oponer triunfalmente la brutalidad de los hechos consumados a la incertidumbre de los resultados prometidos; y se cree así aplastar la *metafísica* bajo el desdén de la *experiencia*».

El libro de M. Th. Ruyssen no es sólo la obra de un profesor; es también una buena obra, la obra de un humano. Y al leerla, saboreando en ella algo como un pequeño rescate de muchas faltas cometidas por la Francia vencedora, recordaba yo un profético y justiciero apóstrofe de Lamartine, reproducido hace veinte años por el gran Federico Passy en un artículo de la *Revue Bleue*:

Nations, mots pompeux pour dire barbarie,  
L'amour s'arrête-t-il où s'arrêtent vos pas?  
Déchirez ces drapeaux; une autre voix vous crie:  
«L'égoïsme et la haine ont seuls une patrie;  
La fraternité n'en a pas!»

Gabriel ALOMAR

Nota.—En la página 173 hay, me parece, una confusión. «En la Edad Media—dice—, Federico Barbaroja cazaba escayos en el Mediterráneo.» ¿No se refería a Barbaroja, el corsario turco del siglo XVI?

# El condenado a muerte

Aventura extraña

BLANCA viene a mi lado para rodearme el cuello con sus lindos brazos y repetirme la divina canción que me llena el corazón de dicha:

—¡Te quiero mucho, León! ¿Eres feliz? Le aseguro que sí, que lo soy, como jamás he soñado serlo, y ella, satisfecha, se acurruca junto a mí, mirando con sus ojos gozosos las vacilaciones de la llama del acetileno. Al cabo del rato los negros ojos se cierran y el pecho se mueve con el ritmo del sueño. Está hermosísima.

Hace dos días, viéndola con el blanco atavío de desposada, me había parecido imposible contemplarla más linda, y ahora, sin embargo, la encuentro infinitamente más adorable. Y, como a una muñeca, la tapo cuidadosamente con la manta de viaje. Abre los dulces ojos y yo los cierro con un beso largo y suave. Se duerme, al fin. Enciendo un pitillo, me siento en mi sitio y me dispongo a velar el sueño de Blanca.

Pasan rápidas varias estaciones, donde el tren, un correo-expresso, no se detiene, y se cruza otro convoy que marcha por la vía frontera con un gran estrépito que crispa los nervios; las lucecillas de un pueblo relucen al fondo, y un agudo silbido de la locomotora indica la proximidad de un puente.

De improviso oigo que se alza el pica-porte de la ventanilla, y un tiro suena muy cerca, a pesar de que el ruido del tren apaga considerablemente la detonación. Espero sorprendido, y un hombre se precipita en el departamento; sin decir palabra apaga la luz del techo.

¡Oh, esto es demasiado! Me levanto dispuesto a pedirle cuenta de su presencia allí, y el individuo, con un vigor ante el cual son insuficientes mis tres años de entrenamiento en el boxeo, me hace sentar nuevamente en mi sitio, y, en un español deficientísimo, me ruega:

—Caballero: quienquiera que usted sea, si desea salvar la vida a un hombre honrado, estése quieto y espere.

El tono suplicante me contiene, y me siento. Como el desconocido mire sin cesar la ventanilla, allí también dirijo yo mis ojos.

Blanca, ajena a todo, duerme placidamente.

Una pausa. Luego en el cristal se dibujan alternativamente las siluetas de dos hombres que escrutan el interior del coche. El viajero se echa cuan largo es en un asiento, y yo le imito; los observadores de la ventanilla desaparecen al cabo y nosotros permanecemos unos momentos a la expectativa. Por fin, el desconocido se levanta, me abraza conmovido, llorando—¡aquél hombre llora!—, y me dice:

—¿Es usted republicano?  
—No, señor. Soy monárquico.  
—Gracias. ¿Su nombre?  
—León Flay, español, pero de origen británico. Novelista.

—Voy a decirle quién soy yo.  
Y da luz al coche de nuevo; se quita una gorra de piel, que le cubre el cráneo y parte de la cara; se baja el cuello del gabán, y ante mí aparece algo tan absurdo que retrocedo estupefacto...

—¿Cómo se explica?—murmuro—. Usted murió... Y, sin embargo, es su cara, su barba puntiaguda, sus ojos claros, su bigote caído...

—No he muerto, no. Quien usted ve, no es otro que Nicolás Nicolawich, el Zar de Rusia.

El tren se detiene. Alcázar de San Juan. El ex Emperador se tapa con mi manta fingiéndose dormido. Pasan vein-



te minutos, arranca el tren y el viajero se endereza y se dispone a relatarme su vida.

—A raíz de la revolución en mi país— empieza—yo hui con la Zarina, el Zar y la Princesa Tatiana a las Weslova, un convento cerca de Tomsk. Atrás quedaba el Palacio Nuevo de Moscú, donde los guardias rojos habían hecho irrupción y en el que se entregaban a una orgía desenfundada, bailando al compás de la música de mis regimientos favoritos: Preobajenski y Paulowsky.

Huimos en lancha por la Moscowa, acompañados solamente de un hombre fiel, Ivan Zaulianoi, y con un capital de 50 rublos, unos 188 francos; hasta Nijni Nowgorod, que era adonde dirigíamos nuestros pasos, había 5.200 verstas, salvadas las cuales llegaríamos a la frontera oriental de la Siberia. Nuestros documentos (podaroshna), aunque eran falsos, parecían en regla, y todos esperábamos llegar al término de nuestro viaje para escapar de la muerte que dejábamos atrás.

Al llegar a Nijni Nowgorod debíamos tomar un vapor del Volga para ganar el Ural; pero no lo quiso el cielo...

A cuatro verstas de Nijni, una patrulla de rojos nos descubrió; Ivan Zaulianoi, mi hijo y yo luchamos contra ellos desesperadamente; a Ivan le atravesaron el pecho de una estocada; a nosotros nos querían vivos para matarnos luego.

Llegamos a Irkutsk a los doce días, después de haber sufrido durante el trayecto horribles tormentos, y antes de entrar en el foso donde pensaban enterrarnos, estrangulé al carcelero, Basilio

Tchineky, y escapé a Europa; hoy he llegado a España. Mi esposa y mis hijos han sido asesinados. ¡Malditos sean sus verdugos! Yo, el Zar, estoy condenado a muerte; esos dos hombres que antes espían el departamento son dos de los quince guardias rojos que me persiguen. Y ahora, un favor, querido señor: tome esta caja y guárdela para usted. Ella contiene la perla más valiosa de mi corona, y la regalo al primer amigo que encuentre en España.

Nicolás Nicolawich me entregó una caja de madera de ébano, me abrazó emocionado otra vez y agregó:

—Ahora me tiraré al camino para despistar a mis verdugos. ¡Muchas gracias, caballero! ¿Es su esposa?

Y señaló a Blanca.

—Sí, mi esposa.

—Es divina.

Y el Zar se inclinó y besó a Blanca un piecico que salía por entre los pliegues del *plaid*; luego abrió la ventanilla, volvió su rostro de sufrimiento hacia mí y se arrojó a la vía.

Me asomé al exterior. Su cuerpo rebotó en el suelo y se alzó ileso; tras él, dos bultos más cayeron a tierra. ¡Los guardias rojos!

Sobresaltado llamé a Blanca, le conté la historia del Zar y su fatal desenlace, y luego abrimos la caja de ébano. En el interior, en vez de la perla de la corona, había un pedrusco de granito.

Blanca y yo nos miramos.

Y ya íbamos a reír la extraña broma, cuando yo me puse muy serio y solté un taco definitivo.

Habían desaparecido mi cartera y el maletín de alhajas de Blanca.

Enrique JARDIEL PONCELA

## LECTURAS

Las últimas publicaciones de *Mundo Latino* son los tomos IX y X de las Obras completas de Emilio Carrere que llevan por título *Nocturno de otoño* y *Las ventanas del misterio*. Estos tomos llevan ilustraciones de Mausberger. *Juan Gabriel Dorkman*, del teatro completo de Ibsen, y *La moda y Pierrot* y *La sonrisa en la esfinge*, tomos XII y XIII, respectivamente, de las Obras completas de Enrique Gómez Carrillo.

La «Biblioteca de Cultura Moderna y Contemporánea» que publica la Editorial Minerva, de Barcelona, se ha enriquecido con un nuevo volumen titulado *El tesoro dramático de Henrik Ibsen*, original del conocido escritor y parlamentario Salvador Albert.

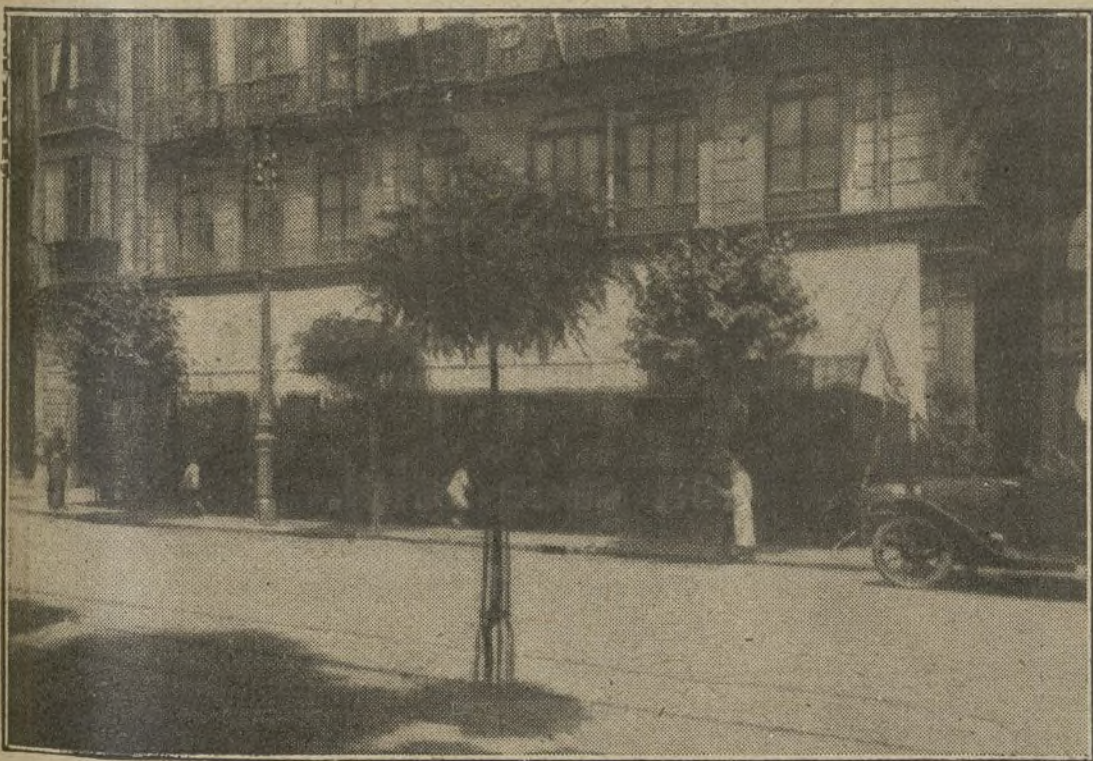
Este libro, tan profundo como sugestivo, es el fruto sazonado de una intensa labor de muchos años de estudio de la obra ibseniana, en la que ha penetrado, como pocos, su autor, según lo evidencié en estas hojas de LOS LUNES. En *El tesoro dramático de Henrik Ibsen* Salvador

Albert condensa, de un modo maravilloso, las creaciones del famoso escritor noruego, rebosantes de sentido humano, que les da un indudable carácter de universalidad. Albert describe con prodigiosa fidelidad y justeza el contenido de cada una de las obras del maestro escandinavo, reflejando en los trazos el ambiente, los valores artísticos, el proceso de la acción, la fisonomía moral de los personajes y sus luchas íntimas.

En el número de octubre de *La Pluma* termina la *Farsa de la reina castiza*, deliciosa sátira con que D. Ramón del Valle Inclán justifica sus recientes declaraciones en *La Internacional* en pro de una literatura adecuada al hervor de los días que corren. El estilo conciso, sencillo, agudísimo en que está escrita *La reina castiza*; el ambiente, la despiadada moraleja que de la farsa guífolesca se desprende, muestran la renovada juventud espiritual del autor de las *Sonatas*.

Publica, asimismo, *La Pluma* escogidísima selección de poemas inéditos de Juan Ramón Jiménez, y completan el número variados originales de Luis Araquistain, Mario Puccini, Adolfo Salazar, Antonio Espina García, María-Enrique, Jorge Guillén y Un Crítico Incipiente.

**GRANCO-ESPANO**  
FOTOGRAFADO  
ARTE GALILEO 34 TELÉFONO 0.859



Café del Hotel de París.

## GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO  
Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — *Brasserie* en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

## CASA NATALIO

La primera en impermeables ingleses de todas clases, sastrería y camisería fina.

OVIEDO

## Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)

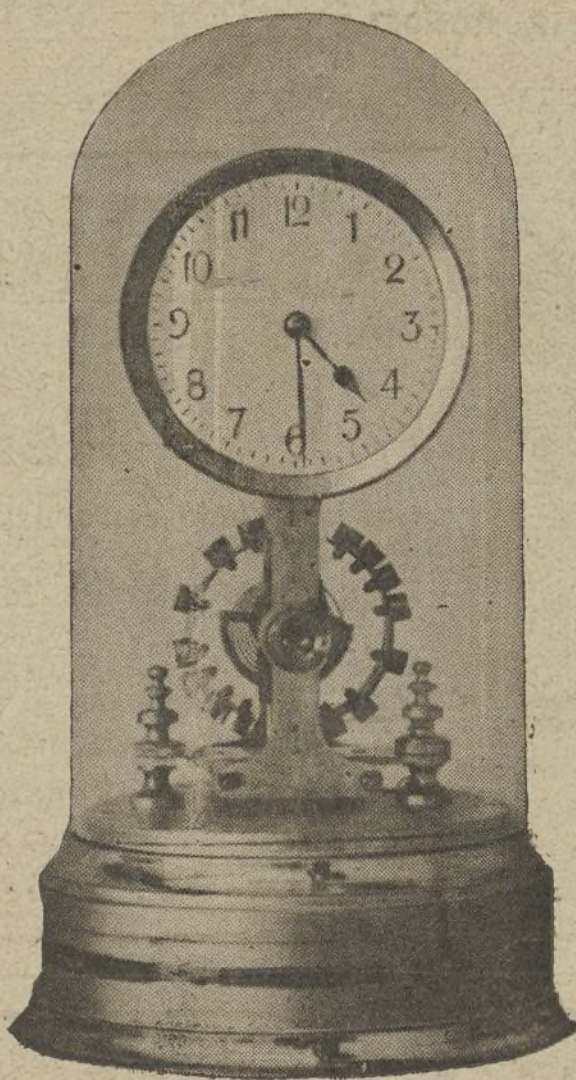


**FÁBRICA DE RELOJES**  
**DE**  
**CARLOS COPPEL**

**27, FUENCARRAL, 27. - MADRID**

**NOVEDAD**

**RELOJ PARA MIL DIAS CUERDA**



**Ultimo invento  
de la relojería moderna.**

**Certificado de garantía  
con cada reloj.**

**Reloj de sobremesa con cuerda para mil días, fanal  
de cristal y pie de metal dorado, 350 pesetas.**

**CATALOGOS GRATIS**

**REMESAS A PROVINCIAS**